

Voces de la posrevolución

Anna Ribera Carbó*

Alicia Olivera Sedano, *Testimonios sobre el México posrevolucionario*, México, INAH, 2015 (Historia, Serie Testimonios), 516 pp.

Entusiasmadas con la novedosa técnica de entrevistar a actores de la convulsa historia de la primera mitad del siglo XX, y de emplear esos testimonios en el análisis de los procesos que acabaron con el régimen de Porfirio Díaz y construyeron el Estado mexicano posrevolucionario, las jóvenes historiadoras Eugenia Meyer y Alicia Olivera se lanzaron grabadora en ristre en busca de los veteranos que quisieran dejar sus voces guardadas en lo que se conoce como el Archivo de la Palabra. Era la década de 1970 y la idea de hacer historia con las voces de la gente común, la que no firma documentos en los despachos ni aparece en las primeras planas de los periódicos, una historia “desde abajo”, las llevó a entrevistar a villistas, a zapatistas y a cristeros.

Pero Alicia y Eugenia incluyeron en su larga lista de testimo-

niantes a algunos personajes que adquirieron notoriedad —algunos, mucha— en la vida pública mexicana, y cuya trayectoria vital, consideraban, podía aportar perspectivas nuevas, ópticas distintas, información inédita acerca de la historia reciente. Dos entrevistas de esa serie, las de los historiadores Jesús Sotelo Inclán y Ernest H. Gruening, fueron publicadas en 1970 y la del doctor Gustavo Baz en 1971. Las demás se conservaron en el Archivo, ya transcritas y en espera de investigadores interesados.

Las conmemoraciones del primer centenario de la Revolución mexicana sirvieron de pretexto a Alicia Olivera para lanzarse al que fue su último proyecto académico, dar a conocer a un público más amplio que el especializado estos testimonios incomparables ya en forma de libro. Y así se dio a la tarea de corregir y editar estas seis entrevistas. Se trata de las voces de Gustavo Baz, Emilio Portes Gil, Luis L. León, Manuel J. Celis, Ernest H. Gruening y Jesús Sotelo Inclán.

¿Cómo se pasa de ser miembro activo de un grupo revolucionario a ser un funcionario en una oficina?; ¿cómo se interpreta la propia experiencia de participar en la destrucción de un orden y en la construcción de uno nuevo?; ¿de

qué manera se interpretan las formas de oposición al régimen que se ayudó a construir?; ¿cómo se establecen y mantienen las lealtades políticas? Estos son algunos de los temas que aparecen a lo largo del libro confeccionado por Alicia Olivera. Y el anecdotario que los acompaña, enriquece y sazona es extraordinario: un joven estudiante de medicina, Gustavo Baz, que se hace zapatista y que acaba siendo nombrado gobernador del Estado de México a los veinte años, lo que le provoca un tremendo ataque de risa; ese mismo joven médico que baja por la carretera desde Topilejo en un carrito sin frenos, acompañado por Carmen Serdán, hasta acabar desbarrancado con la cabeza entre sus enaguas. Un niño tamaulipeco al que su padre liberal pone los nombres de Emilio y Cándido en homenaje a Rousseau y a Voltaire y que en su escuela primaria conoce a un viejo y homenajeado Jaime Nunó, autor de la música de nuestro himno nacional. Un niño de Ciudad Juárez, Luis L. León, cuyo abuelo recibió y atendió a Benito Juárez en el entonces Paso del Norte y cuyo padre luchó contra los franceses en Veracruz, y que acabó estudiando Agronomía y trabajando como novillero en las plazas del territorio controlado por

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Pancho Villa. Otro joven norteno, este sinaloense, Manuel J. Celis, que con dieciséis años se fue a la Revolución incorporándose a las fuerzas de Benjamín Hill.

Niños, jóvenes, que acabaron siendo rectores de universidad, secretarios de Estado, gobernadores, fundadores y presidentes de partidos políticos, diputados y senadores, directores de periódico, y uno de ellos, Emilio Portes Gil, presidente de la República. Actores de la etapa armada de la Revolución así como de las luchas por el poder en la década de 1920 y constructores de instituciones que dieron viabilidad al Estado posrevolucionario.

La apasionante lectura de estos testimonios personales me remitió de inmediato a una reflexión que me suscitó, hace ya años, el estudio de otros dos personajes que participaron en la Revolución y en la posrevolución, quienes, tras empuñar las armas, hicieron leyes, construyeron instituciones, decidieron los rumbos del país. Así que les cuento mi reflexión de entonces, con la que empiezo mi libro *La patria ha podido ser flor. Francisco J. Múgica, una biografía política*.

En 1942, durante un viaje de Mazatlán a Guadalajara en ferrocarril, los generales Lázaro Cárdenas y Francisco J. Múgica conversaban como tantas veces, cuando el primero, entonces comandante del Pacífico, comentó a su amigo, en esos años gobernador del Territorio Sur de la Baja California, que en muchas ocasiones se había preguntado qué hubiera sido de ellos sin la Revolución. Múgica respondió al instante: “Usted, te-

jedor de rebozos y yo, profesor de escuela rural”. La rápida y simple respuesta de Múgica encerraba un tratado de teoría de la historia: el debate acerca del papel de los individuos, de las personalidades, en los procesos de transformación social. ¿Es la acción de ciertos personajes destacados la responsable del devenir histórico o son las condiciones existentes, los momentos y procesos globales del acontecer humano los que permiten que surjan, que aparezcan, que destaquen determinadas individualidades? Evidentemente, Múgica se inclinaba por la segunda opción. La Revolución les había permitido ser lo que eran y los había alejado de la repetición, tan probable, de los modelos y formas de vida locales y familiares. La lucha armada y el proceso de creación de un nuevo Estado les habían abierto oportunidades, posibilidades de participación política y militar que, por otro lado, tuvieron la habilidad y la inquietud de aprovechar. La Revolución les permitió eludir ese destino anunciado de tejedor de rebozos y de maestro rural, es cierto, pero también es indudable que ellos, Cárdenas y Múgica, y ahora añadido a Portes Gil y Baz, León y Celis, como tantos otros, impusieron, imprimieron ciertas características específicas al acontecer colectivo. Y cada uno en su escala, se convirtió en portavoz o en agente de la voluntad de muchos otros y dio el empuje definitivo, con gestos de audacia política en el momento oportuno, para consolidar en la ley o en la acción política los anhelos de muchos mexicanos. Y de ahí el interés por estas vidas, vividas en tiempos apasionantes y

que hoy, gracias a Alicia Olivera, podemos leer en las páginas de su libro *Testimonios sobre el México posrevolucionario*.

El libro contiene también las entrevistas hechas al historiador estadounidense Ernest H. Gruening y al historiador mexicano Jesús Sotelo Inclán. Ambos, como buenos historiadores, se involucraron en los asuntos de su propia época y desde ahí escribieron sus obras. Sus observaciones agudas, inteligentes, y en algún momento divertidas, son también testimonios invaluable de una época intensa y vertiginosa en la que todavía había caudillos que podían llegar a convertirse en “héroes de la patria”, de ‘esos de los que, no sé si por suerte o por desgracia, ya no hay. Desde luego, los caudillos de Gruening fueron Obregón y Calles y el de Sotelo Inclán fue Zapata.

Alicia Olivera decidió poner a nuestro alcance estos testimonios aprovechando el pretexto que ofrecían las conmemoraciones del centenario de la Revolución mexicana. Trabajó intensivamente en su casa de Coyoacán y en el cubículo 25 de la Dirección de Estudios Históricos (DEH) del INAH, cubículo que tuve la fortuna de compartir con ella desde que Estudios Históricos se mudó del Anexo del Castillo de Chapultepec a la casona de Tlalpan en el año 2000. Ahí la vi trabajar en sus revisiones y correcciones con su asistente María Teresa Mendoza Bonilla. Ahí me comentó las dificultades de edición que planteaba el reiterativo testimonio de Emilio Portes Gil, tan ególatra como gran personaje. Y reme-

moró, emocionada, el pasaje del descubrimiento del viejo Jaime Nunó en un hotelucho en Nueva York. Aunque tal vez los pasajes que más le interesaban —debido a sus propios temas de estudio— eran los que se referían a la Guerra cristera, al cierre de las iglesias y a las negociaciones del gobierno mexicano con la alta jerarquía eclesiástica a finales de los años veinte.

Me enteré de la muerte de Alicia mientras trabajaba en el Instituto Internacional de Historia Social, en Ámsterdam, en el vera-

no de 2012. Uno de los días más tristes de mi vida, sin duda. Poco después de mi regreso a México, Inés Herrera —entonces directora de Estudios Históricos— me pidió que echara un ojo al manuscrito y emitiera un dictamen del estado en que Alicia había dejado su texto. Me impresionó. Estaba prácticamente terminado. Después Tania Hernández, desde la Subdirección de Historia Contemporánea, le dio el empujón definitivo para que pudiera publicarse. Sé que Alicia, perfeccionista y cuidadosa como era con su trabajo, se quejaría de

que faltaron las introducciones de algunos de los textos, y de que no tuvo el tiempo suficiente para hacer una revisión y corrección final. Pero yo creo que eso no importa, que lo verdaderamente importante es que Alicia nos sigue sorprendiendo por su audacia para innovar métodos de investigación, por su incursión pionera en temas de la historia mexicana y por la creación de un acervo invaluable de testimonios que seguirán siendo fundamentales para la reconstrucción y la reflexión sobre la historia contemporánea de México.

Guerrillera a prueba de balas

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Rosa Albina Garavito Elías, *Sueños a prueba de balas. Mi paso por la guerrilla*, México, Cal y Arena, 2014, 189 pp.

Existen pocos testimonios sobre la historia de la guerrilla urbana en México, debido, en buena medida, al silencio que han guardado sus protagonistas como consecuencia de la represión que sufrieron a

manos del gobierno federal. En este sentido, resulta de particular interés la aparición del libro *Sueños a prueba de balas. Mi paso por la guerrilla*, de Rosa Albina Garavito Elías. En él relata su experiencia como miembro del grupo armado conocido como Los Procesos, el cual operaba en la ciudad de Monterrey y era dirigido por Raúl Ramos Zavala, mismo que formaría la base de la Liga Comunista 23 de Septiembre, que se constituyó en el mes de mayo de 1973. La autora indica que escribió el texto para darle sentido a una “experiencia personal” que había

resultado “dramática” y “dolorosa”. Así, su texto debe ser considerado como un “diario de esa etapa de su vida” que, a decir de ella, estuvo marcada por la ausencia de libertad, las utopías, la muerte, la angustia por los desaparecidos y la rabia experimentada por la represión que sufrieron aquellos quienes no estaban de acuerdo con el sistema de gobierno.

El propósito principal del texto, como lo subraya la autora, es que “las nuevas generaciones aprecien las libertades que los movimientos sociales de aquellos años, pacíficos y armados, lograron conquistar”.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.